

Eucaristía de Toma de posesión canónica diócesis de Osorno
I Vísperas Domingo trigésimo segundo del tiempo ordinario
11 de noviembre de 2023

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Un cordial saludo a todos los que hoy se congregan en esta Iglesia Catedral a celebrar a Jesús el Señor recibiendo al nuevo pastor. Lo hacemos en el contexto de este mes de María, dedicado a la veneración de la Madre del Señor como la perfecta discípula que supo acoger la Palabra de Dios y traducirla con una vida de servicio y fidelidad. A los laicos y laicas de esta diócesis, a las autoridades presentes, a mis hermanos obispos, sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos y religiosas. A mis amigos que han venido de otras diócesis, especialmente de mi querida Iglesia de Santiago, gracias. Gracias por su presencia y participación en esta Eucaristía que celebramos en el “mulumapu”, tierra húmeda, de fuertes lluvias y heladas, con gente fuerte y acogedora, de vástagos campos, de intensa ganadería, tierra de huilliches y colonos que hoy nos acoge.

La liturgia de la Palabra de hoy comienza con la lectura de un pequeño trozo del libro de la Sabiduría donde se describen algunos rasgos de la sabiduría. Ella es luminosa, nunca se oscurece. Se deja contemplar por los que la aman, se deja encontrar. Se adelanta a darse a conocer... quién la busca temprano, la encontrará sentada a la puerta. Ella anda por todas partes, se manifiesta bondadosamente y sale al encuentro por los caminos. Si bien, se trata de un texto que se dirige a los gobernantes de este mundo, perfectamente se puede aplicar a aquellos que tenemos el ministerio de pastorear al Pueblo de Dios.

Los hebreos no buscaban el conocimiento teórico en su experiencia religiosa, sino la sabiduría, es decir, el pensar correctamente para tomar las mejores y adecuadas decisiones respecto a la voluntad de Dios. El sabio, de acuerdo a la lógica semita, es aquel que discierne con lucidez el querer de Dios. Esto es grato a sus ojos, favorable a su beneplácito y con fuertes repercusiones en la vida concreta. La sabiduría, no era un saber meramente teórico, sino conocimiento necesario para la acción.

El libro de la sabiduría personifica a la sabiduría, atribuyéndole rasgos propios de la divinidad. En el transcurso del libro, incluso el autor la identifica con una bella mujer haciéndola su esposa. Así el gobernante, tendrá que desear y gustar de la sabiduría, como el que queda prendado de la belleza y dulzura de una mujer. El justo, tiene sed de la sabiduría y bebe de ella para desarrollar lo que más conviene a la Verdad. En Jesús, se

concreta esta sed, bebe de la voluntad del Padre y apasionado por ella, anuncia el evangelio saciando a su vez la sed de todos los que acuden a él: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán de su interior ríos de agua viva” (Jn 7, 37-38). Por esa razón es que la tradición identificará a la sabiduría con el mismo Cristo, quién ofrece un agua viva e inagotable para nunca más tener sed (cfr. Jn 4, 13). Qué bello es cuando un ministerio, una comunidad cristiana, una actividad pastoral, la vida cristiana, acostumbra a beber de la fuente inagotable del Corazón de Cristo. El agua y la sangre que brotan del corazón traspasado de Cristo aseguran el curso adecuado de un torrente que conduce a la Vida eterna. Quién acostumbra a beber de ese torrente, no se equivoca, su discernimiento se vuelve cada vez más connatural, más espontáneo, menos apegado a prejuicios, a vivir de las apariencias, a depender excesivamente de la imagen, a estar buscando solo el propio interés o de un grupo determinado por sobre el bien común. Por esa razón, si se quiere una Iglesia distinta, más sinodal, más fraterna y fiel al evangelio de Jesús, no puede sino acostumbrarse a beber de la fuente inagotable que brota del Corazón de Cristo.

Lo anterior, requiere de una permanente vigilancia, atención: la llamaban los padres del desierto, para que la sed no se agote, para que la llama no se apague. El evangelio de hoy nos habla de ello haciendo referencia indirecta a la experiencia de las primeras comunidades cristianas, convencidas en un primer momento de la inminente segunda venida del Señor. No fue así. Poco a poco, los cristianos se tuvieron que preparar para una larga espera. “No es difícil imaginar – como lo comenta un autor contemporáneo – las preguntas que se despertaron” en las primitivas comunidades cristianas: “¿Cómo mantener vivo el espíritu de los comienzos? ¿Cómo vivir despiertos mientras llega el Señor? ¿Cómo alimentar la fe sin dejar que se apague?”

La parábola habla de diez vírgenes, cinco prudentes y cinco necias. Las primeras, se proveyeron del aceite necesario por si no les alcanzaba. Las segundas, tomaron sus lámparas, pero sin llevar aceite de repuesto. Las vírgenes, eran doncellas, amigas de la novia que tenían la misión de acompañar a la novia mientras el novio la conducía a su casa donde se celebraba la fiesta nupcial. En este caso, el novio se tarda en buscar a la esposa. A las vírgenes necias no les alcanza el aceite y tienen que ir a comprarlo para reponerlo en sus lámparas y así cumplir con la tarea de esperar al esposo y acompañar a la esposa. Sin embargo, mientras ellas compraban, llegó el esposo y entró a la casa de la novia, dejando a las necias afuera. Es notable pensar, que lejos del esposo, extraviados de su presencia, se hace insuficiente la llama de la fe. Nos podríamos preguntar: “¿No es una necesidad pretender conservar una fe gastada sin reavivarla con el fuego de Jesús?” ¿No es una contradicción creernos cristianos lejos de su proyecto y estilo de vida?

Necesitamos con urgencia volver a Él, centrar nuestra mirada en sus opciones y hacerlas nuestras, cuidar todo lo necesario que “nos ayude a centrar nuestra vida en su persona”. Una Iglesia que no fija sus ojos en Jesús, es una Iglesia que va destinada al fracaso. Quizás, en un principio podrá confiarse más en su prestigio, en su poder e influencia. Pero tarde o temprano quedará reducida a una institución apagada, desabrida, sin color y entusiasmo. Lo bello de todo esto, es que Dios no se cansa de dar nuevas oportunidades. Nosotros nos cansamos, nosotros somos los que aflojamos en el camino de la reconciliación y el perdón, nosotros renunciamos muy a menudo a confiar, a colocar más nuestra esperanza en el poder de Dios, que no defrauda. Nosotros nos cansamos de trabajar como siervos inútiles, sucumbiendo a la tentación de la autosuficiencia y de creer que nos salvamos solos. No nos cansemos de aprender de las experiencias vividas, aunque ellas nos hayan representado dolores, incomprendimientos, rechazos o indiferencias. Cada situación, por más difícil que parezca, en la lupa de la fe, nos desafía a buscar y hallar la voluntad de Dios.

Tenemos el ejemplo y el testimonio de hombres y mujeres tenaces que lograron vencer la inercia del sin sentido, que lograron confiar y poner toda su esperanza en Aquel que nos conforta, que soñaron con la paz y la reconciliación cuando todo parecía perdido, que se la jugaron porque todo hombre y toda mujer viviera con más dignidad. Que toda persona conociera a Cristo el Sumo Bien, todo bien. Uno de ellos, fue mi predecesor el Siervo de Dios Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux, a quién le pido que interceda por esta querida diócesis de Osorno, a la que ahora pertenezco, de manera de que siga manteniendo viva la llama de la fe, con los ojos fijos en Jesús.

Mis queridos hermanos y hermanas, reitero aquello que les dije en mi mensaje con motivo de mi nombramiento: “Comenzaré a ser obispo titular con ustedes. Me acompañarán en esta aventura de tratar de ser un pastor cercano y fiel a los propósitos del evangelio. Necesito de sus oraciones y también de su cariño que, sin duda se expresará en el afecto, la corrección fraterna y la corresponsabilidad en la construcción de una Iglesia cada vez más unida y atenta a los signos de los tiempos”.

Cuenten con este, su hermano obispo y pastor. Amén.

